

CÁMARA DE REPRESENTANTES
XLVIIa. Legislatura

DIVISIÓN PROCESADORA DE DOCUMENTOS

Nº 1385 de 2012

S/C	Comisión de Derechos Humanos

Fundación "MANUEL GIMÉNEZ ABAD"
de Estudios Parlamentarios y del Estado Autonómico

Versión taquigráfica de la reunión realizada
el día 14 de noviembre de 2012

(Sin corregir)

Preside: Señor Representante Esteban Pérez.

Miembros: Señora Representante Daniela Payssé y señores Representantes Gonzalo Castillo y Gustavo A. Espinosa.

Invitados: Señores Co-Presidente de la Fundación "Manuel Giménez Abad", don Manuel Giménez Larraz y representante de la Fundación en Uruguay, Pablo Sciarra.

=====II=====

(Ingresa a Sala el señor Copresidente de la Fundación "Manuel Giménez Abad", don Manuel Giménez Larraz, acompañado por el representante de la Fundación en el Uruguay, señor Pablo Sciarra)

La Comisión tiene el agrado de recibir a los señores Manuel Giménez Larraz y Pablo Sciarra.

Con mucho gusto, les cedemos la palabra.

SEÑOR GIMÉNEZ LARRAZ.- Excelentísimo señor Presidente, Vicepresidente, señor Espinosa, señoras y señores Diputados: para mí es un inmenso honor que me hayan invitado a comparecer ante esta Comisión por varios motivos. Primero, porque una de las obsesiones que tenemos quienes hemos sufrido el zarpazo del terrorismo en primera persona, es preservar la memoria pública -la privada siempre se mantiene- de nuestro ser querido asesinado, en mi caso, el de mi padre, Manuel Giménez Abad.

El hecho de que las ideas en las que enmarcaba siempre su acción política y que, en definitiva, constituyen valores universales -hablamos de libertad, de pluralismo ideológico, de tolerancia- puedan ser expresadas en este Parlamento de un país como Uruguay, me llena de alegría y de alivio porque sé que el legado de mi padre y de tantos otros demócratas no se esfumó con su muerte. Segundo, porque las víctimas del terrorismo en España lo son esencialmente por defender los valores y principios que informa la democracia, frente a quienes los han cercenado durante años para defender un objetivo político.

Precisamente, el hecho de que una democracia como la uruguaya, representada en esta Cámara de Representantes, sea capaz de escuchar este testimonio, es muy gratificante. Uruguay trasmite al mundo la evidencia de ser una democracia altamente consolidada y prestigiosa. Según un "ranking" que tuve la ocasión de ver en 2007, publicado por la revista británica "The Economist", Uruguay -creo que sus cifras han mejorado- era el único país plenamente democrático de América del Sur y estaba ubicado entre los primeros veintiocho países a nivel mundial. Destaca, además, por ser uno de los países con mayor tasa de alfabetización en América Latina, con un índice que llega al 98% en 2006 según el Instituto Nacional de Estadística uruguayo y por tener el mayor índice de educación en Latinoamérica. En 2011, Uruguay fue el segundo país del continente americano, después de Canadá, en el "ranking" de naciones más pacíficas del planeta y es el país sudamericano con menor índice GINI.

Además, vuestra democracia mira hacia delante y se enfrenta con valentía a los innumerables desafíos del siglo XXI. Solo esa vocación de futuro explica el compromiso de este Parlamento y de quienes lo componen con la democracia en su país -del que muchos otros países tendríamos que tomar ejemplo-, que se ha concretado en la creación de la Escuela de Gobierno en la que la Fundación que copresido -la Fundación Manuel Giménez Abad- tiene el honor de participar modestamente y que ha contribuido a forjar una relación de admiración mutua entre España y Uruguay.

Muchas gracias, su invitación de honra enormemente.

Tras las gélidas cifras que dejan todas las tragedias, se esconden historias de sufrimiento personal que habitualmente quedan olvidadas con la vuelta a la rutina de las sociedades en las que convivimos. Por eso, yo quería iniciar mi exposición refiriéndome a cómo viví en primera persona el asesinato de mi padre a manos de un pistolero de la banda terrorista ETA. Yo tenía veintidós años y estaba en mi último año de Universidad, disfrutaba de una beca Erasmus en la Universidad francesa de Pau. Las becas Erasmus de la Comisión Europea posibilitan que los estudiantes europeos que estudiamos los

últimos cursos de nuestras carreras universitarias lo hagamos en otros países, creando lazos de fraternidad entre los ciudadanos que tenemos que construir el futuro de la Unión Europea. Para mí, era un año de descubrimientos, en el que aprendí a abrazar una libertad recientemente adquirida. Dejaba mi ciudad, Zaragoza, y un inmenso abanico de oportunidades y experiencias se abría ante mí. Mientras la diversidad francesa ayudaba a consolidar los principios y los valores que mi padre me había trasmitido a lo largo de días de escalada, de fútbol, de conversaciones, de pesca, mientras tanto, sus asesinos lo incluían en una lista negra. Porque esas listas negras se componen de la gente que representa lo que más detestan los asesinos: las personas que encarnan los valores y los principios democráticos de nuestra sociedad, es decir, la libertad, la igualdad, la solidaridad, la tolerancia, el pluralismo ideológico, todos los valores que sustentan nuestra democracia. Todas las democracias llevan en España los nombres de Manuel Giménez de Abad y de los casi mil asesinados por el terrorismo etarra. La consolidación de nuestra democracia no hubiera sido posible sin el fútil sacrificio de las víctimas y sin el esfuerzo y dedicación desmedida de policías, guardiaciviles, periodistas, empresarios, trabajadores o políticos.

Como decía, estaba en Francia, cuna de esa ilustración evocadora de las libertades y los derechos fundamentales frente a los excesos en nombre de la nación, cuando el 6 de mayo de 2001 me dan la noticia. Era una tarde de domingo, soleada y estaba frente a los Pirineos -la cordillera que separa España y Francia- soñando con nuevas ascensiones, nuevas vías de escaladas. En ese instante todo se nubló. De golpe, se esfumó todo lo que estaba viviendo. En un solo segundo me vi. obligado a madurar definitivamente. La palabra responsabilidad golpeaba una y otra vez mi cabeza.

Cuando te enfrentas a acontecimientos así, tu mente reacciona y establece un orden de prioridades bien definido. Las mías eran claras, mi hermano y mi madre. Mi hermano, con diecisiete años, acompañaba a mi padre cuando le dispararon, camino de una actividad tan subversiva como es ver un partido de fútbol del Real Zaragoza. Mi madre, con cuarenta y nueve años, acababa de recibir su condena a envejecer sola. A mi padre, le habían arrebatado la vida y todo lo que le quedaba por vivir: éxitos, fracasos, penas, alegrías, conocer a su nieta; le habían arrebatado todo.

Mi hermano, cinco años menor que yo, me dio entonces una lección magistral de superación, de ganas de vivir, de optimismo. Desterró rápidamente el odio que pretendieron inocularle ese 6 de mayo asesinando a nuestro padre delante de él, y decidió vivir como le habían enseñado mis padres. Y mi madre pronto hizo innecesarias mis preocupaciones. Su aparente fragilidad se transformó inmediatamente en valentía y fortaleza. Un ejemplo para mi hermano y para mí, que nunca dejamos de tener una referencia en ella.

Pues bien, la primera lección que nos dio mi madre no tardó mucho, fue el 7 de mayo. 400.000 personas -Zaragoza tiene 600.000 habitantes- recorrían las calles de Zaragoza repudiando el asesinato de uno de sus representantes electos. Porque con su acción, ETA no solo demostraba el desprecio que siente por el bien más importante, la vida humana, sino también por la capacidad de otras comunidades o regiones para decidir libremente quién les representa. Mi padre era Diputado autonómico y Senador. No solo habían asesinado a una persona honrada y con unas inmensas ganas de vivir, ETA había atentado en su persona contra la democracia en general y, específicamente, contra la voluntad de los ciudadanos aragoneses y españoles. Convertía, de este modo, una vida -nada menos que una vida- en un mero instrumento para asomarse durante unos días, durante unas horas, a los medios de comunicación en plena campaña de las elecciones del País Vasco, para extender el miedo de su permanente amenaza a miles de ciudadanos que perdían así, una vez más, gran parte de sus derechos y libertades.

Además, ETA asesinaba a una persona que defendía con naturalidad -los defendía porque lo creía de verdad- los valores democráticos de nuestra sociedad, aquellos en torno a los que se debe organizar y asegurar nuestra convivencia política y social, y que, por tanto, son los que más detestan los asesinos de ETA; todos los conocemos, están consagrados en el artículo 1º de la constitución española, en la Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU, en los artículos 7º y 8º de vuestra Constitución.

Los zaragozanos nunca hemos sido sumisos ante cualquier fuerza que amenace con trazarles su destino. Siempre se han rebelado ante la agresión injusta y contraria a su voluntad, y ese 7 de mayo lo demostraron nuevamente. Mi madre, en un ejemplo de coraje aragonés, decidió sujetar la pancarta que encabezaba esa manifestación. Yo dudaba. No tenía fuerzas ni ganas, pero no podíamos dejar que fuera sola. Fue una gran decisión y en ese preciso momento, arropado por los cariñosos aplausos de los zaragozanos, descubrí que no estábamos solos. Nuestra tragedia no era solo nuestra: España la hacía suya también. Y, a la vez, los españoles demostraban a ETA que el asesinato y la violencia eran inútiles. Cuando ETA asesina a alguien ha de saber que no aniquila sus valores ni sus ideas. Millones de ciudadanos están dispuestos a recoger ese testigo en ese mismo momento.

Además del golpe íntimo y privado que supone, el asesinato de un familiar no hace sino comprometer públicamente a quienes lo han sufrido. El dolor es privado, se sufre día a día. Yo lucho a diario por no olvidar la cara de mi padre o sus gestos, su voz o su sonrisa, y lucharé con denuedo porque mi hija, Candela, sepa por qué no pudo conocer a su abuelo. Lucho porque mi familia esté bien. Pero además de ese dolor privado, diario, oculto, existe un compromiso evidente porque su memoria pública no se pierda y sea respetada.

En recuerdo de mi padre, se constituyó la Fundación Manuel Giménez Abad, que está compuesta -entre otras instituciones- por los portavoces de todos los Grupos parlamentarios de las Cortes de Aragón, que es el órgano legislativo de mi Comunidad Autónoma. Déjenme incidir especialmente en la presencia de todos los portavoces de los grupos parlamentarios porque, desgraciadamente, eso no hubiera sido posible en el País Vasco, ni probablemente en otras Comunidades Autónomas de España.

Ser familiar de una víctima del terrorismo es terrible bajo cualquier circunstancia y en cualquier lugar. Pero aun lo es más en aquellas regiones españolas, como en el País Vasco, en las que tienen voz quienes justifican y alientan los asesinatos. Al dolor de perder a alguien se une la rabia que produce la incomprensión de quienes no entienden que una sola vida está muy por encima de cualquier idea. En mi opinión, son gente criada en el odio, en la estrechez de miras y en la corrupción de valores. Son personas que probablemente se sientan muy orgullosas de su nación porque no puedan estarlo de sí mismos. Es gente que no comprende que, a pesar de quien les gobierne, el sol va a salir y ponerse por el mismo sitio y sus problemas no van a desaparecer automáticamente. La política, evidentemente, es una actividad trascendente, digna, honesta, pero su importancia debería quedar eclipsada por lo que es verdaderamente esencial, el valor de la vida humana; anteponerla a una vida es sencillamente repugnante.

ETA ha asesinado a ciudadanos inocentes desde hace cincuenta años, durante una dictadura y en democracia, cuando los derechos de muchos vascos, como los del resto de los españoles, eran sistemáticamente pisoteados pero también cuando sus derechos y libertades fundamentales han estado plenamente garantizados. Una vida es una vida, y cercenarla cobardemente es repugnante con independencia del régimen político existente. Además, mientras que los ciudadanos españoles avanzábamos desde 1978 en

un desarrollo democrático sin precedentes, las pretensiones de ETA y sobre todo, sus vías para conseguirlas, se quedaban ancladas en el pasado, incapaces de evolucionar.

El entorno de ETA, muchas veces, ha pretendido

——desgraciadamente con éxito en ocasiones- transmitir en el escenario internacional la idea de que en España existe un conflicto entre un Estado y una pobre y modesta banda armada. Probablemente, esto se hace con el objetivo de empatizar con aquellas naciones que han vivido procesos de independencia traumáticos para liberarse de un colonialismo intolerable que, evidentemente, nada tienen que ver lo que sucede ahora en España. No hay nada más lejos de la realidad.

Durante décadas lo que ha existido en mi país no es un conflicto desigual entre un Estado y una banda armada, sino un conflicto entre ciudadanos que usaban sus armas, sus pistolas, para asesinar a ciudadanos que se enfrentaban a ellos únicamente con sus ideas, con sus palabras; directamente, muchos de ellos ni siquiera se enfrentaban, vivían de espaldas a ellos.

Como supongo habrán percibido, me esfuerzo por hablar en pasado cuando me refiero a ETA.

A pesar de las terribles heridas todavía sin cicatrizar, hoy la situación ha cambiado. El pasado octubre de 2011, tres encapuchados de ETA leyeron un comunicado con su típica dialéctica ofensiva, declarando un alto el fuego definitivo pero hurtándonos, por el momento, la noticia que todos queríamos escuchar: su disolución y entrega de armas. A pesar de ello, es evidente: ETA languidece, pero su agonía no es el resultado de su propia voluntad, de su conversión espontánea a los medios de participación democrática. Su agonía se debe al firme pulso que los demócratas hemos mantenido con ellos durante décadas, sin dar un solo paso hacia atrás, derramando sangre y muchas lágrimas de dolor, rabia e impotencia por el camino. Nunca hemos abdicado de nuestras convicciones democráticas y hemos sido escrupulosos en el respeto al Estado de Derecho que pretendemos defender.

Albert Camus escribió: "La tiranía totalitaria no se edifica sobre las virtudes de los totalitarios sino sobre las faltas de los demócratas". No podíamos permitirnos faltas, como tampoco desunión; las hubo, pero las superamos. Los inadmisibles capítulos de terrorismo de estado que se produjeron en la década de los ochenta, fueron perseguidos y reprochados penalmente por nuestro propio Estado de derecho. Éramos conscientes de que la derrota policial y política de ETA exigía seguir un camino que dignificase a nuestro Estado de derecho y enviase al olvido el aforismo de "violencia engendra violencia". Y así ha sido. Nuestro estado ha sido capaz de arrinconar a ETA, de dejarla moribunda, mediante la utilización única y exclusivamente de las vías democráticas. En eso, España ha sido una excepción de la que podemos sentirnos orgullosos. Ni Reino Unido, ni Israel, ni Alemania en su momento, ni Estados Unidos, democracias todas ellas indiscutibles y admiradas, mantuvieron ante la amenaza terrorista la misma firmeza de convicciones y el mismo respeto a su Estado de Derecho y a sus valores constitucionales que nuestra democracia. Y ese es un elemento que debemos aprovechar para contribuir a reforzar una identidad cívica común en nuestro país, inclusiva, pero por encima de todas las sensibilidades nacionales que existen en España.

Creo que empezamos a derrotar a ETA en 2000, con la suscripción del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo. Ese acuerdo, que se suscribió entre las principales fuerzas políticas de nuestro país, amplió las líneas de acción del Estado. A las tradicionales luchas policial y judicial, se unió -por fin- una estrategia política sin complejos y con la voluntad decidida de acabar con una de las principales amenazas a

las que hace frente nuestra sociedad. Se abandonaron las siempre insuficientes declaraciones de intenciones y se pasó a la acción. España podía permitírselo. Nuestra democracia es joven -cada vez menos- pero está firmemente consolidada y su buena reputación en la comunidad internacional está fuera de toda duda. Por tanto, fue el momento de desprenderse de la timidez y de los complejos que siempre acompañan a todo proyecto hasta que alcanza la madurez. Era el momento de actuar como lo hacen -o mejor, en mi opinión- las democracias más estables del mundo. Y así se hizo hasta arrinconar a ETA, hasta asfixiarla socialmente mediante la ilegalización de todo ese entramado social que desempeñaba un papel fundamental en su estrategia del terror. Y esto no se nos puede olvidar por el mero paso del tiempo o por el cambio en las circunstancias políticas.

La ilegalización de estas asociaciones fue duramente criticada por algunos sectores, fundamentalmente, nacionalistas. En su mayor parte, son los mismos sectores que mayor tibieza han expresado en la lucha contra ETA, los mismos que no se sienten concernidos por los desafíos de nuestra democracia, probablemente, porque no creen en ella.

¿Cuántas veces se habrá escuchado la inadmisible falacia de que en el País Vasco se persiguen ideas por el Estado? ¿O que existe una parte de la sociedad a la que se le ha hurtado su derecho a la participación política? Pero ¿alguien se cree realmente eso?

En España no existen ni han existido nunca ideologías políticas ilegalizadas; en el País Vasco, tampoco. Cuando en pasadas elecciones el partido que constituía el brazo político de ETA, Batasuna, fue ilegalizado, aquellos ciudadanos que tenían una sensibilidad independentista de extrema izquierda -el espectro político donde se mueven las pretensiones de ETA- tenían opciones claramente visibles. Por ejemplo, Aralar, un partido cuyos máximos representantes provienen del entorno de ETA, creció de forma sustancial en las elecciones al Parlamento Vasco de 2010. Es evidente que ese partido podría suscribir punto por punto el ideario estrictamente político de Batasuna, el brazo político de ETA. Solo existe una diferencia muy sustancial, claro: el rechazo de la violencia como arma política. Y precisamente es el uso y la justificación de la violencia lo que, en su momento, se ilegalizó en España bajo un procedimiento probadamente garantista en el que participan de forma independiente los tres Poderes del Estado.

La utilización de la violencia y el terror no deben tener cabida en la política española. La calidad de nuestra democracia exige que ese tipo de postulados sean desterrados. Está en juego su supervivencia.

El independentismo constituye una ideología perfectamente defendible en España. Levanta peligrosas pasiones, de uno y otro lado probablemente, pero su defensa, a través de medios pacíficos -como se hacen las cosas en democracia- se halla totalmente legitimada: faltaría más. Cataluña es probablemente el mejor ejemplo de ello, como lo han sido Quebec en Canadá o Escocia en Reino Unido.

En el caso del País Vasco, el anuncio de ETA del alto el fuego definitivo también ha sido recibido con generosidad por nuestro Estado. Probablemente, incluso, de forma precipitada, dado que ETA sigue existiendo.

En 1os comicios del pasado mes de octubre -cuando hubo elecciones autónomas en el País Vasco-, el que se presume brazo político de ETA -muchos de los de ahora son los de entonces-, volvió a concurrir a las elecciones autonómicas del País Vasco incorporada en una coalición más amplia llamada Bildu, que obtuvo veintiún escaños: más del 20% de los sufragios emitidos. Os podéis imaginar que por estas cosas que me tocan personalmente, para mí, han resultado unos comicios dolorosos, claro. En todo caso, son resultados que debo respetar, porque se han producido por cauces plenamente

democráticos, pero que demuestran lo rápido que se encima el olvido y lo poco relevante que es en el ánimo de muchos electores la excelencia ética y cívica de sus representantes.

Sólo consuela pensar que estos resultados deberían hacer más complicada una eventual vuelta de ETA a la violencia. A Bildu le han votado quienes votaban antes a Batasuna y demás sucedáneos de ETA, pero también otros más que, si bien compartían los fines políticos de los anteriores, les negaban el voto al rechazar el uso de la violencia para su consecución. Nunca el poder político de la izquierda independentista había sido tanto, y supongo que se habrán dado cuenta de las circunstancias en que lo han conseguido: sin terrorismo.

No espero que abandonen el apoyo y la justificación de la violencia por convicciones, pero sí que al menos lo hagan por pragmatismo: sin terrorismo, obtienen mejores resultados.

A pesar de este resultado electoral, la ilegalización del entramado social de ETA ha sido fructífera y era necesaria. En la diabólica estrategia asesina, todas esas organizaciones desempeñaban un papel fundamental. Contribuían decisivamente a extender el terror de ETA por todos los rincones del País Vasco, introduciéndose hasta el tuétano de su estructura social. Era la generalización absoluta del terror. También cumplían diligentemente con el encargo de ser cantera de futuros reclutas, de futuros asesinos. De allí se alimentan precisamente; proveían fondos y servían de nexo de unión entre ETA y sus bases.

Todo esto es lo que se hizo en España. Cosas tan evidentes, tan comprensibles, como cortar sus canales de financiación, reducir su acceso a futuros asesinos y aislarlos socialmente. El aislamiento ha sido vital para acabar definitivamente con ETA; tenían que sentirse solos y creo que así se sintieron. Tenían que percibir que sus acciones no adquirían la resonancia y la aceptación que solía tener en ciertos sectores de la población vasca. En ese sentido, esos sectores tenían que estar desestructurados y lo conseguimos. ETA camina irremediablemente hacia su extinción. Todos los españoles, todos los demócratas, hemos conseguido convertirla en una banda de asesinos aislada socialmente que aun conserva, eso sí, su capacidad para matar.

Sin la exaltación social del asesinato, sin la expresión pública de sus pretensiones, sin todo este tipo de escenificaciones pseudorománticas que les alentaban, muchos de esos asesinos educados en el odio a lo diferente, en el totalitarismo, no estarán dispuestos a renunciar a 40 años de sus vidas. Porque, por supuesto, en las vidas de los asesinados, nunca han pensado.

Las ilegalizaciones, junto con el resto de medidas políticas que se fueron adoptando como consecuencia directa del pacto por las libertades y contra el terrorismo, tales como la reforma del Código Penal y de la legislación antiterrorista, han exhibido una eficacia que deberíamos recordar a menudo; un ejemplo de cómo la aplicación exclusiva de los resortes de un Estado de derecho ha sido imprescindible en la lucha contra ETA. Pero probablemente este elemento, de forma individual, no hubiera sido suficiente.

La unidad política también ha sido fundamental y debe seguir siéndolo. Nuestros partidos políticos, en la mayor parte de las ocasiones, han sabido estar a la altura de las circunstancias y reconocer que, en lo que al terrorismo se refiere, están en juego cosas mucho más importantes que unas elecciones o el control de las estructuras de poder. Está en juego el pilar básico de nuestra sociedad de convivencia, aquel que justifica la existencia misma de nuestro estado y nuestra democracia: están en juego los derechos y las libertades fundamentales de todos los españoles.

En ese esfuerzo de lucha contra ETA España no ha estado sola. Lo estuvo, sin duda, pero ya no lo está. Europa en general, y Francia en particular colaboran de forma intensa por la consecución de un objetivo que tiene que ser común.

A raíz de los atentados terroristas del 11 de setiembre de 2001 en Estados Unidos, el mundo entero adquirió la sensibilidad que nosotros ya reposábamos desde hacía tiempo. La intachable respuesta al terrorismo que ha dado España, ha terminado por acercar a nuestra causa a quienes, desde el desconocimiento que provoca la lejanía, incluso desde los prejuicios ideológicos, mostraban comprensión por los objetivos perseguidos por los terroristas. Algunos otros faltan por sumarse.

Europa ha sabido plasmar esa comprensión mediante distintas actuaciones políticas que han contribuido a ahogar al entorno etarra. ¡Qué paradoja! Mientras la Unión Europea avanza en su camino de integración, en una región de España sólo se habla de segregación. Mientras los estados- nación tradicionales cedían soberanía a favor de una entidad supranacional, como es la Unión Europea, el Gobierno de esa misma región de España presentaba un plan soberanista. Mientras los ciudadanos europeos nos aproximamos, los nacionalistas desean separarse. Es la diferencia que existe entre la modernidad y las pretensiones decimonónicas.

Tras el alto el fuego de ETA y cuando se consume su ineluctable final, nuestros partidos tendrán la obligación de construir una sociedad vasca diferente, una sociedad en la que tengan cabida todos; una sociedad en la que no existan ciudadanos de primera y ciudadanos de segunda; una sociedad integradora y no excluyente; una sociedad sin miedo, en la que adquieran especial importancia no sólo la palabra libertad, sino también la palabra igualdad. Porque la igualdad se ha visto constantemente quebrada en el País Vasco.

Desgraciadamente, a veces es necesario recordar que, en esencia, todos somos iguales. El Rh positivo o el Rh negativo de nuestra sangre -que, aunque os parezca mentira, son argumentos que se han esgrimido en el debate del País Vasco en la última década- evidentemente, no establece diferencias sustanciales entre unos y otros, como tampoco lo hace el color de la piel. Afirmaciones de este calibre se hallan en la base misma del racismo. Una lengua propia, una cultura común son motivos de orgullo, pero no nos convierte en distintos. Precisamente, la enfatización de esas diferencias y la soberbia desmesurada por la pertenencia a una nación se sitúan en la raíz del nacionalismo excluyente y étnico que preconiza violentamente ETA.

El nacionalismo de ETA es de carácter étnico y marcadamente excluyente. No estamos ante un nacionalismo reivindicativo surgido como resultado de los agravios de un Estado. Tampoco ante un nacionalismo que emerja como respuesta a un enemigo que agrede a su lengua, su historia o su cultura. Tampoco nos encontramos ante un nacionalismo que bajo sus soflamas esconda el descontento por lo que se considera un tratamiento económico injusto, o por alcanzar mayores cuotas de poder.

Se puede discutir sobre esos tipos de nacionalismo, pero no son los que preconiza ETA. En este caso, nos hallamos ante un nacionalismo étnico que desprecia a cuantos carecen de esa supuesta identidad; un nacionalismo que niega la existencia de otras sensibilidades y que identifica ciudadanía con identidad étnica, e identidad étnica con nacionalismo. Bajo sus postulados, la opinión de un ciudadano residente en el País Vasco, de origen lejano y no nacionalista, está viciada, infundada o sencillamente es menos significativa que la suya. Este tipo de nacionalismo étnico es el que ha causado las mayores tragedias de nuestra historia contemporánea. La Alemania nazi, la Gran Serbia, la URSS, el apartheid sudafricano o el conflicto de Ruanda son ejemplos de violencia extrema de origen étnico. Y en esa dinámica se mueve ETA.

A mí me gusta poner siempre el mismo ejemplo. En La India coexisten en extremas condiciones de pobreza mil millones de habitantes, con cuatrocientas lenguas, veintitrés de ellas oficiales, veintiocho Estados, más de una decena de religiones y de etnias y conviven, en su mayor parte pacíficamente, contando como principales fuerzas aglutinadoras con el cine indio que se produce en "Bollywood" y con el recuerdo de Gandhi y su concepto radical de igualdad.

Sinceramente, frente a este panorama nuestras diferencias se reducen a caprichos de ricos malcriados; a la incapacidad de ser felices; a la necesidad de llenar nuestras vidas de contenido, de épica, de epopeya, sin reparar en lo que destrozamos,

Pues bueno, es el momento de eso, precisamente. De ver crecer a las nuevas generaciones imbuyéndose de esos valores universalmente aceptados por todos y que son expresados con belleza en la Declaración de Derechos Universales de la ONU: la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana. Esa es una buena base para construir cualquier actividad política de la ideología que sea. Ese fin superior tiene que trascender la confrontación política habitual.

Yo soy consciente de que el anuncio de ETA del pasado mes de octubre, perdonándonos la vida a los ciudadanos españoles, ofreciéndonos graciosamente la posibilidad de vivir en paz, cambia algo las cosas. Podemos permitirnos, probablemente, un cierto optimismo porque su anuncio fue la escenificación de su derrota. Yo soy optimista y no lo soy, como podréis imaginar, porque confíe en la declaración de intenciones de su comunicado. Lo soy porque ETA constituye un arcaico vestigio del pasado en una Europa unida y democrática, y los Estados que los rodean y sus ciudadanos no permitirán que retomen su actividad criminal.

A pesar de ese moderado optimismo creo que no podemos relajarnos. ETA sigue armada. Es evidente y compartido por casi todos que nuestro Estado no puede negociar nunca condiciones políticas con grupos que carecen de representatividad significativa y que únicamente sustentan su fuerza negociadora en su actividad de terror. En los países democráticos, las transacciones políticas que afectan directamente al interés general, deben realizarse en los Parlamentos en base a la representatividad obtenida por el apoyo de los ciudadanos y con total transparencia.

Los objetivos políticos que tenga el entorno de ETA deberán tratar de conseguirlos -como todos- en las distintas instituciones políticas destinadas a tal efecto, en las que los españoles estamos representados en pie de igualdad, sin que blandir pistolas conlleve ninguna ventaja.

Nuestro Estado no debe olvidar el pasado. No debe olvidar cómo hemos llegado a esta situación y debe seguir aplicando la ley en condiciones de igualdad para que la palabra paz no se lleve por delante la palabra justicia. Se lo deben a quienes han arriesgado a diario sus vidas. Pero se lo deben, fundamentalmente, a las cientos de víctimas asesinadas cobardemente por defender esos valores que están en el núcleo esencial de la democracia; a aquellos que se levantaron un día sin saber que habían sido sentenciados a muerte, que desatendieron el peligro al que se exponían cegados por su vocación de servicio público. Les robaron la vida y, como decía antes, les impidieron disfrutar de más amaneceres en la montaña y atardeceres en el mar, de las bodas de sus hijos, del nacimiento de sus nietos, y de envejecer junto a sus parejas.

Quisiera terminar con una cita del añorado Mario Benedetti en su novela "La Tregua", cuando el protagonista recuerda a su mujer fallecida unos años antes y decía: "Ya no se trata de conseguir su imagen a través de las anécdotas familiares, de las

fotografías. Conozco todos sus datos, pero no quiero saberlos de segunda mano, sino recordarlos directamente, verlos con todo detalle frente a mí tal como veo ahora mi cara en el espejo. Y no lo consigo. Sé que tenía ojos verdes, pero no puedo sentirme frente a su mirada".

Yo también lucho a diario por no olvidar la cara de mi padre, por no olvidar sus manos, por no olvidar sus gestos, su mirada, su sonrisa. Pero tengo la inmensa fortuna de que invitaciones como la de esta Comisión, iniciativas como la de Escuela de Gobierno de esta Cámara de Representantes, me hacen mantener bien fresco en mi memoria aquello que mi padre siempre pretendió transmitirme.

Muchas gracias.

SEÑOR ESPINOSA.- Quisiera destacar el orgullo de pertenecer a un Parlamento que, a través de la unanimidad de sus miembros, ha permitido recibir la visita de Manuel Giménez Larraz.

Por encima de todo, lo que debe quedar en claro es el mensaje de paz, de democracia, de valores de tolerancia y de respeto. En este ámbito en el cual, permanentemente, se trabaja en la difusión y promoción de los derechos humanos, que es el eje central de esta Comisión asesora, a la distancia con un pueblo hermanado con tanto afecto y tanta significación para Uruguay como es España, indudablemente los valores que ha expresado e inmortalizado Manuel Giménez Abad son de vital importancia.

Quisiera hacer dos o tres anotaciones. Manuel Giménez Abad fue Licenciado en Derecho; ocupó muchísimos cargos públicos, entre ellos, Secretario del Instituto de Estudios Administrativos, Jefe de Sección de Selección y Perfeccionamiento de Funcionarios de Titulación Superior y Consejero Técnico. Fue Diputado, desempeñando puestos de Secretario Técnico de la Secretaría General y de Secretario General Técnico, hasta que en setiembre de 1986 fue nombrado Letrado Mayor de las Cortes de Aragón y, posteriormente, en 1995, fue nombrado Consejero de Presidencia y Relaciones Institucionales del Gobierno de Aragón.

Fue elegido Diputado a las Cortes de Aragón, posteriormente Senador, y luego Presidente de su partido político hasta ese fatídico 6 de mayo de 2001 cuando lamentablemente, a la salida de la Romareda, por un acto injustificado, aislado, incomprensible y violento, se le da muerte tan cobardemente por la espalda.

Me voy a permitir leer una breve memoria de una persona que tiene mucha significación por su sencillez, por esa risa sonora que tenía, por esos paseos que acostumbraba a dar por los Bosques de las Hayas, por esa forma realmente paciente en que esperaba en la fila de la taquilla de Astún, cuando a pesar de las inclemencias de la marabunta -como se suele decir en España- se empeñaba en subir a esquiar. Una persona sencilla, de familia, de grandes virtudes y grandes valores democráticos. Solamente voy a leer unos pasajes de una exposición que hacía Borja Giménez, hermano de Manuel. Voy a ser sintético, porque es una carta bastante larga.

En ese texto dedicado a su padre decía: "Era consciente de que jamás podrías volver a contemplar un atardecer desde el rompeolas de Jaca, ni sentir la emoción de alcanzar una cima. No podrías vivir otro amanecer en Mallorca, ni siquiera tendrías la oportunidad de envejecer junto a mi madre. Me deshizo saber que no vivirías todo lo que te habría gustado vivir. Me derrumbé.- Pero entonces me acordé de ti. Me acordé de tu sencillez, te podía ver paseando por la Cantera. Llevabas una parka beige y el periódico bajo el brazo. Mirabas ensimismado la fuerza con la que bajaba el río. En ese momento una extraña sensación se apoderó de mí. Me acordé de que fuiste feliz.- Me acordé de ti

como procuro hacerlo cada día. Me acordé de que juntos pudimos compartir numerosas cosas. Me vino a la cabeza el profundo e intenso esfuerzo que ha hecho la sociedad por mantener vivo tu recuerdo. Me quedé con las palabras de tanta gente: amigos, compañeros, adversarios, que en todos los casos tuvieron a bien esbozar algún recuerdo positivo de ti.- Pensé en tu paso por la vida y todo lo que veía me gustaba. Pensé en tu paso por la política y un sentimiento de admiración me inundó. Entraste en ella con el convencimiento de poder ayudar a mejorar las cosas, empujado por tus convicciones, por tus inquietudes. Creías en una política con mayúsculas. Hablabas de una política con forma de sueño. Te movían tus ideales. Ostentabas un profundo sentido de la justicia. Valores como la igualdad, la libertad o el pluralismo ideológico conformaban el núcleo duro de tu pensamiento.- Precisamente eras la antítesis de aquellos que te asesinaron. Si lo que buscaban tus asesinos era aniquilar tus ideas, dinamitar tus valores, así como impregnarnos del odio, su tarea ha sido en balde. Hoy, creemos firmemente en la democracia así como en todos aquellos valores que la sustentan. Queremos justicia pero no venganza. No olvidamos los motivos por los que te asesinaron y ello nos empuja irremediablemente a aferrarnos a los valores que nos inculcaste, precisamente aquellos valores por los que te mataron".

Hoy, Uruguay tiene como anclaje parlamentario a la Fundación Giménez Abad, esta escuela de Gobierno que ha amalgamado esos valores de respeto y tolerancia, independientemente de las fuerzas políticas o diferencias políticas que existan del otro lado del Atlántico. Hoy, tenemos una escuela de Gobierno que nos enseña a prepararnos a compartir las experiencias y responsabilidades, fundamentalmente, en un ámbito tan caro, tan sentido, tan necesario y tan responsable como el político.

Agradezco a cada uno de los integrantes de la Comisión por haber permitido esta instancia. Quiero expresar a nuestro invitado que aquí confluyen todas las fuerzas e ideologías políticas, lo que es una señal clara del respeto que tiene el Parlamento uruguayo, independientemente de las diferencias o encuentros que podamos tener. Agradecemos a quienes ponderan la paz, la libertad y la democracia.

SEÑORA PAYSSÉ.- Es un gusto recibir tan distinguidos invitados. Agradezco a la Fundación Giménez Abad en la persona que hoy nos visita. Esta actividad de intercambio tan saludable la están desarrollando quienes trabajan en nuestro Parlamento, jóvenes que se integran a esa escuela de Gobierno que, de alguna manera, rescatan la memoria de Manuel Giménez Abad.

Escuché con atención la exposición. Advierto que nuestro invitado habla a ritmo acelerado. Creo que fue una pieza completa, interesante, de la que rescato dos cosas fundamentalmente. Una, la parte afectiva, que involucra al invitado, el hijo de quien padeció lo que todos conocemos y cómo le da importancia a la transmisión de eso cuando dice que a su hija Candela le cuenta la historia de lo sucedido. Creo que la Memoria con mayúscula es fundamental en esa parte de la vida de las personas, en lo familiar, lo privado, lo personal, lo afectivo, lo cotidiano. Pero la Memoria con mayúscula también forma parte de la otra cosa que percibo en términos generales en el discurso, que tiene que ver con la defensa de los derechos humanos.

En ese sentido, no solo tenemos un racconto de lo sucedido, sino que pensamos que ciertas situaciones también las vivimos en nuestros países; también llevamos nuestros dolores colectivos, personales. En nuestro país, sigue habiendo desaparecidos; sigue habiendo situaciones personales no resueltas; sigue habiendo madres que buscan a sus hijos; sigue habiendo abuelas que buscan a sus nietos; sigue habiendo nietos y nietas que están buscando a sus antepasados y quieren conocer dónde están, tratando de recuperar la identidad que también les quitaron.

En esa mirada confluyente entre lo personal y lo colectivo, quiero destacar que, lamentablemente, los pueblos llevamos eso y lo seguiremos llevando siempre, porque la Memoria con mayúscula nos obliga a que el pasado no quede en el olvido y a que además seamos portadores de la responsabilidad de que sigamos escribiendo la historia de los pueblos no solo a través de las publicaciones, los libros o las acciones -como el caso particular de tener una Fundación y reivindicar lo reivindicable-, sino de aquello que le pasó al pueblo judío cuando le quemaron todos los libros y decían: "Nos quemaron todos los libros, pero no vamos a permitir que nos quemen la historia".

Las generaciones siguieron trasmitiendo lo que había sucedido; siguieron creando Memoria.

Yo reivindico esa Memoria con mayúscula, desde esta banca que ocupo y desde este lugar de la Comisión de Derechos Humanos. Porfiadamente, seguiré trabajando para que esa memoria se siga trasmitiendo de generación en generación, como forma de que los pueblos aprendan y no olviden.

SEÑOR PRESIDENTE.- Nosotros tenemos una visión del mundo en la cual no existan más las fronteras. Si la humanidad todavía no ha madurado, ni las fronteras ni las etnias, es que la humanidad aún no superó su origen tribal ni su lucha entre tribus. Cuando nosotros recortamos un pedazo de territorio y dibujamos un mapa, en definitiva, estamos marcando el territorio tribal. Eso está en nuestros genes y va a costar mucho que tomemos conciencia al punto de poder superarlo.

Observamos con inquietud un exacerbamiento de los nacionalismos en distintas partes del mundo, con padecimientos terribles para los pueblos. Lo que nuestro invitado trae es un llamado de atención y, en definitiva, aporta un granito de arena a una particularidad, pero este es un problema que la humanidad tiene, que va muchísimo más allá. Yo no quisiera que existieran más España, ni Uruguay, ni Rusia, ni Estados Unidos; quisiera que todos los seres humanos fuéramos una gran familia, como lo dice nuestro ADN.

Viendo la sensibilidad de esta Fundación, que compartimos en muchos de sus aspectos, no puedo evitar plantear una preocupación. Lo hago a título personal, no de la Comisión. Se trata de la situación de los uruguayos que son encontrados en alguna forma irregular en su permanencia en España. Hemos recibido a más de un ciudadano uruguayo que dice que al momento de ser deportado no se le ha permitido hacer una llamada a su Consulado ni dar un beso a su familia que queda allá. Me tomo el atrevimiento de pedirles si pueden trasmitir esta inquietud de un humilde legislador uruguayo, preocupado por el trato que se da a sus compatriotas; no generalizo y digo que esto le sucede a todos. No estamos cuestionando la potestad de España de deportar o reenviar a quien entró en forma ilegal a su país, sino que nos estamos refiriendo al hecho puntual de que se les permita hacer una llamada a su Consulado y despedirse de su familia antes de subir al avión, porque significa un océano de por medio y quizás durante muchos años o nunca más verán a sus familiares, lo que es muy doloroso. En más de una oportunidad, hemos recibido a ciudadanos en esa situación.

Apelo a la sensibilidad de los aquí presentes, que es mucha -reitero que nos sentimos identificados-, para que puedan darnos una mano en esta angustia que nos han transmitido muchos compatriotas uruguayos.

SEÑOR CASTILLO.- Agradecemos la presencia de los invitados

He escuchado muy atentamente -si bien nací en el año 1985, ya en democracia en nuestro país, sé que hubo gente que la pasó muy mal- y recordaba parte de nuestra historia.

Rescato lo que decía el invitado sobre la democracia: la única forma de combatir esas ideas de acceder al poder a través de los mecanismos que no sean democráticos es con más democracia.

La exposición ha sido un aporte muy enriquecedor para la Comisión y para mí personalmente.

SEÑOR PRESIDENTE.- Ha llegado una nota del Presidente de la Cámara de Representantes, en la que se excusa por no poder estar presente, ya que debió viajar al exterior del país por razones de su actividad.

SEÑOR GIMÉNEZ LARRAD.- En cuanto a vuestros compatriotas uruguayos en España, en la última visita que realizó la Fundación se tuvo la ocasión de mantener una reunión con el Director General de Inmigración del Gobierno de España y trasmitirle esa preocupación.

Esto está fuera del ámbito de mis competencias y de mi trabajo habitual, pero mañana tengo una reunión en la Embajada de España y, por supuesto, trasmitiré lo que el señor Diputado acaba de comentar.

Agradezco vuestro tiempo. El discurso tiene que ver con los derechos humanos y los valores democráticos. Las finalidades políticas de quienes asesinan es lo de menos; lo que importa es que asesinen. Creo que la vida, máxime en estos tiempos, es demasiado apreciada como para disponer de ella libremente de la forma que hacen algunas organizaciones terroristas.

Ha sido un placer estar con ustedes.

SEÑOR PRESIDENTE.- Agradecemos la colaboración que están llevando a cabo con nuestro país y el aporte enriquecedor que han hecho en esta sesión.

Haremos entrega de un modesto obsequio al señor Giménez Larrad para que se lleve un recuerdo de esta Comisión y de este Parlamento.

(Así se procede)

——Se levanta la reunión.

≠